

BAJO el tema —vital— de los intelectuales en

LOS INTELLECTUALES: HISTORIA Y POLEMICA

narse «a priori» al «No es esto», aun en el caso, muy problemático, de que se in-

virtiera radicalmente el signo del «establishment» ¿O es que entonces la «cultura adversaria» se convertiría servil y contradictoriamente en «cultura partidaria»? La dimensión social de los intelectuales no puede ser esencialmente el nihilismo, sino nada más y nada menos que la crítica. El monopolio del término no se adjudica con criterios de todo o nada, de buenos y malos; además, no hay tal monopolio. ¿Por qué algunos intelectuales españoles se enclaustran en la nostalgia imposible de 1930 —el año más irrepetible de todo este siglo después del de 1936—, en vez de analizar la degradación del término intelectual ante la opinión política americana, desde los «eggheads» a los «rad-lib». ¿Por qué en España el abandono subrepticio del barco durante la tormenta comienza a veces por la cubierta intelectual de los regímenes, mientras en Francia, por ejemplo, los regímenes encuentran siempre el apoyo sacrificado, hasta la muerte, de un poderoso sector intelectual? ¿Por qué en los periodos españoles de cambio profundo surge la figura característica que el profesor Jesús Fabón designa amargamente como «los bergamines», mientras, para seguir con el mismo ejemplo, un régimen francés en peligro puede nombrar comisario en Información a Jean Giraudoux con el aplauso unánime de toda la intelectualidad gala por él expresamente representada? Hay momentos y periodos en que la plena lealtad de un intelectual a un sistema, a un régimen, puede ser más difícil, más lastimosa, más angustiada que el cómodo criterio desde la acera de enfrente, colmada de tréncas. La misión sociopolítica del intelectual no puede basarse en una oposición ciega y cerrada, sino en una serena visión y dicción crítica —testimonio, en una palabra— de su contorno; y esto puede hacerlo, debe hacerlo, sin abdicar de su personal convicción ideológica y política, desde el mismo centro de todas sus lealtades, sin mantener infantilmente sobre el sistema la amenaza de volcar la mesa de juego a la menor incomprensión.

Escritores muy preparados para contribuir a esa ineludible historia frecuentan todavía los torneos polémicos. Así el profesor Amando de Miguel, que en reciente artículo «Para entender a los intelectuales» divide al estamento con técnicas de «western» en buenos y malos: forman éstos la «cultura partidaria»; es decir, «los intelectuales impulsores del actual «establecimiento» político social; los exegetas y creadores de nuestro sistema ideológico. Los «buenos» serían los que reivindican, por antonomasia, el término de intelectuales, definidos así no sin arriesgado dogmatismo por el autor citado: «Los intelectuales forman hoy la cultura adversaria, como suele decirse; en el sentido de que por sistema y como grupo, de manera perenne e irreductible, se oponen al conjunto de valores que distinguen al establecimiento político usual.»

Una reflexión menos espectacular sobre la evolución contemporánea de nuestro estamento intelectual nos llevará a matizar e incluso a complicar mucho más tan discutible planteamiento. Como hipótesis de trabajo puede proponerse un determinado momento histórico para la irrupción de los intelectuales —como tal grupo— en la España contemporánea: el momento —a la vuelta del pasado siglo— en que los periódicos, al referirse a ellos, van dejando caer las comillas del adjetivo clásico «intelectual» juvenilmente sustantivado desde la mitad del XIX. Claro que existían, siglos antes, los intelectuales en España, pero no se les llamó así, con simultánea connotación de grupo, hasta el entorno del Desastre. El grupo —heterogéneo, indefinible— nace al margen de la cultura católica, mortecina entonces; al margen (aunque no en contra) del régimen (no en vano una de sus corrientes originarias era la naciente tradición republicana decimonónica); en situación equívoca frente a la Universidad, por razones internas y externas; con sorda, cerrada e injustísima toma de posición antimilitarista (una de las primeras veces que he leído la palabra intelectual sin entrecomillar ha sido en un parte de la Capitana General de Puerto Rico, en que se denunciaba determinadas colaboraciones con los Estados Unidos antes de 1898). Otra característica, culpablemente olvidada, es que el estamento intelectual nace desviado de toda preocupación social; como reacción previsible, los movimientos obreros españoles rechazaron o al menos recelaron siempre de los intelectuales. Ninguno de quienes ya se llamaban así fue capaz de escribir —en 1907— un maravilloso libro, de urgente reedición hoy, que se titula «Misión social del Ejército»; su autor, el capitán Joaquín Fanjul.

Quiere esto decir, en resumen, que el estamento intelectual se configuró en España más como un «canti» que como fruto de un impulso positivo; pero tal condición —a la que cabría añadir el torpe sentido excluyente y la contradictoria carencia de tensión dialógica— es una gravísima lacra de origen, no un ideal definitorio

como parece sostener el joven y brillante profesor citado.

Tras un arranque histórico tan negativo, el panorama intelectual español cambió sustancialmente en las décadas posteriores. Advino primero la simbiosis universitaria: la primera generación del 98 es accidentalmente, excepcionalmente, universitaria; los novecentistas son entraña y gloria de la Universidad. El carácter pequeño-burgués del primer estamento intelectual dibuja en el grupo, desde 1915 más o menos, una decidida vocación política. Al reconocer los indiscutibles logros culturales del estamento —que siguen en los mismo cimientos de nuestro futuro nacional— no pueden ignorarse los funestos errores políticos que llevaron, en alucinante cadena, a la aceptación en bloque, primero, y luego a la indiscriminada repulsa de la Dictadura; a la creación de un partido político de base intelectual exclusiva —la Agrupación al Servicio de la República— tan contradictorio y tan efímero como el que pronto se llamó Partido Sindicalista; a la abstención imponente del «No es esto, no es esto» que culminó en el aventamiento y la diáspora intelectual de nuestra guerra civil, abandonada en su interpretación profunda por nuestros intelectuales, que (con excepciones trascendentes, como la de don Manuel Azafia) entregaron la misión de diseñar la imagen histórica de nuestros años más trágicos a improvisadas, aunque fulgurantes, vanguardias intelectuales extranjeras. No se ha formulado aún desde la historia —aunque sí desde estériles listas polémicas, siempre trucadas— este tremendo capítulo de nuestra guerra, vista en la actuación y en la inhibición de nuestros intelectuales; pero es un capítulo cuya ausencia gravita tanto sobre nuestro remordimiento nacional que, fatalmente, habrá de escribirse, y muy pronto. Como se está escribiendo ya, según mis noticias, una historia del movimiento intelectual durante el reinado de Alfonso XIII debida a la ilustre profesora citada; notemos incidentalmente que ahora se empiezan a reconocer los notables aciertos de Don Alfonso en la siempre erizada «política intelectual».

No se trata, por cierto, de formular aquí una acusación histórica contra el grupo intelectual. Muy al contrario, la culpable tal vez sea la sociedad española empeñada en exigir a ese grupo capacidades y decisiones que le rebasaban por entero. Sería imperdonable, después de la tragedia y la dispersión, caer en una aberración tan poco intelectual como retornar a la causa para suprimir el efecto. Definir con criterio puramente negativo la función del intelectual en la España de hoy es conde-

table. Con toda razón subraya Amando de Miguel el nuevo carácter científico en la base de la nueva reflexión intelectual. Restringe, sin embargo, ese carácter al ámbito de lo sociológico. No es justo. Otro de los claros vicios de origen en la configuración española del estamento intelectual contemporáneo es su divorcio, o mejor, su ignorancia del pensamiento científico —experimental y teórico— en las primeras singladuras del grupo. Ni Leonardo Torres Quevedo, ni Juan de la Cierva Codorniu, que recibían en Estados Unidos supremas distinciones intelectuales como la medalla Guggenheim, se consideraban intelectuales por esta sociedad, mediatizada durante siglo y medio por la más absurda de todas nuestras divisiones: la de «Ciencias» y «Letras». En cambio ganaban renglón en la nómina intelectual oscuros personajes que se decían «escritores» y «artistas» sin más credenciales que firmar de vez en cuando un manifiesto «político» más o menos barato.

Es más honda, y más responsable, la misión del intelectual. Comprende, ante todo, la relevancia en el propio terreno; la crítica implacable, pero abierta, en su testimonio, junto a la capacidad permanente para la autocritica y hasta el humor. Y si no queremos regresar al «No es esto» es preciso medir bien la energía social propia; y analizar, con rigor y sin exclusivismos, lo que es «esto», mientras existe la luz.

Ricardo DE LA CIEVA